



LA NUEVA RUSHDIE

Veinte años después de la «fatwa» contra «Los versos satánicos», un nuevo libro reabre la polémica sobre la censura islamista. (Págs. 56 y 57)



VIDA DE UNA EX

La ex primera dama de Estados Unidos, Laura Bush, prepara un libro de memorias por el que recibirá 1,6 millones de dólares. (Pág. 62)



LA IGLESIA HA EMPRENDIDO la mayor y más compleja operación de búsqueda de víctimas de la represión republicana. Durante dos años, miles de cuerpos fueron arrojados a una mina toledana. Ésta es su historia.

LA MEMORIA HISTÓRICA DEL OTRO BANDO

Ernesto Villar ■ Camuñas (Toledo)

Setenta y tres años después, Jesús, «el cangrena», lo cuenta como si hubiera ocurrido ayer mismo. Como si, en lugar de estar sentado en el salón de su casa, al abrigo de sus 84 delicados años, de sus problemas de huesos y de este ventoso viernes de enero, siguiera aún atrapado en aquel sofocante día de agosto del 36, en la carretera que lleva a Manzanares, ayudando a los hombres del pueblo a bachear el camino. Justo aquella jornada en la que apareció el camión.

—¿Esta vereda va a la carretera general que lleva a Madrid?, preguntó uno de los milicianos cuando bajó del vehículo.

«Yyo, mire “usté”, era un “vacín” de 11 años, y tenía mi curiosidad.

VIVIR EL **domingo**



Cristina Bejarano

de sobra conocida en Herencia, su pueblo, como lo es en el vecino Camuñas y en toda esta comarca manchega a medio camino entre Toledo y Ciudad Real. Durante dos años y medio, entre julio del 36 y principios del 39, la mina de Las Cabezuelas se convirtió en un gigantesco cementerio para el bando nacional. ¿Cuántos fueron arrojados allí? Los más conservadores dicen que hay evidencias de varios centenares. Otros aventuran que podrían ser más de 10.000. Pero la versión más extendida habla de entre 5.000 y 6.000 desaparecidos, procedentes de los pueblos de alrededor y de, al menos, dos checas de Madrid, la del socialista Agapito García Atadell y la de Fomento o de Bellas Artes, la más aterradora de todas. «Esto es como Paracuellos, pero bajo tierra», susurran a media voz.

Empujados vivos

Todas las víctimas, menos una, eran del bando nacional. La mayoría habían sido fusiladas antes, pero otras eran empujadas con vida. Había pocos políticos, algunos religiosos y muchos seglares, gente de campo y pequeños comerciantes, que sólo tenían en común ser creyentes.

«Todas las víctimas, menos una». La una es un miliciano. Según la leyenda, su acto de valentía en la boca del pozo era empujar al sacerdote Don Antonio Cobos. En el último momento, el religioso se zafó y se agarró a él. Los dos, víctima y verdugo, cayeron juntos.

Ahora, el secreto a voces está a punto de desvelarse. El Arzobispado de Toledo ha emprendido la mayor operación de memoria histórica del bando nacional, no sólo por la dimensión de lo que allí se puede encontrar, sino por la complejidad que entraña. Nunca antes un equipo de espeleólogos había bajado hasta un pozo de estas características en busca de

DURANTE DOS AÑOS y medio se arrojó a la mina a represaliados de la comarca y de las checas de Madrid

A MUCHOS SE LOS tiraba vivos. Una de las víctimas arrastró con ella al miliciano que le empujaba

TRAS UNA PRIMERA inspección se ha encontrado junto a las bocas del pozo numerosa munición

cadáveres de la Guerra Civil. Nunca antes se había utilizado un georadar de gran alcance para inspeccionar un terreno así. Y nunca antes había tantos hijos, nietos y sobrinos del bando ganador de la guerra pendientes de lo que allí se encuentre.

De momento, ya ha habido una primera incursión en la mina. El pasado 25 de noviembre, los espeleólogos de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, puntera en España en esto de desenterrar memorias históricas (de uno y otro bando), bajaron al pozo por la boca auxiliar. Después de cinco horas de trabajo, se toparon con

un cono de derrubios al fondo del túnel. No les dio tiempo más que a retirar parte de la arena. Sospechan que se quedaron a apenas unas paladas de los primeros huesos. Aranzadi ha bajado sólo en seis ocasiones a pozos y cuevas en busca de víctimas de la Guerra Civil: en Badajoz se topó con 15 cuerpos, 13 en León, 10 en Gran Canaria. Y poco más. En apenas unos días volverán a la mina, esta vez para retirar la lápida que cubre la entrada principal y adentrarse por un túnel de 20 metros en busca de los cuerpos.

Las balas de la evidencia

La primera tentativa en Camuñas ha servido para confirmar dos de las sospechas. Primera: que, como decían los vecinos, en el fondo del pozo hay un enorme montón de áridos y cal, que los republicanos llevaron al lugar en tres camiones y arrojaron por la abertura poco antes de que terminara la Guerra, cuando ya la daban por perdida, con el objetivo de destruir pruebas. Y segunda: que allí se fusiló a gente.

La empresa Cóndor Georadar, encargada del primer rastreo, necesitó sólo una hora para hallar las pruebas del delito. «En tan poco tiempo –explica su responsable, Luis Avial– encontramos junto a las bocas de la mina multitud de balas y casquillos de fabricación soviética y mexicana, que hemos confirmado que fueron los que se utilizaron en la Guerra». Entre ellos, hay proyectiles con las fechas 1935 y 1936 en el culote. También monedas de la época, pendientes, crucifijos y un trozo de tela con un botón. El informe de la empresa es concluyente: «Dado que no hay constancia de enfrentamientos armados en este sitio, cabe relacionar indudablemente estas evidencias localizadas con los asesinatos de vecinos de la zona por parte de las autoridades republicanas o las milicias».

El padre de Miguel Martín-Benito, de Camuñas, es uno de los asesinados. El 1 de agosto de 1936, cuando volvía a casa de arar en el campo, estaban esperándole unos milicianos. «Cámbiate al menos de ropa», le rogó su esposa. Hasta para encontrarse con su destino había que ir bien vestido. «Qué va, mujer, si en un momento estoy de vuelta», respondió. No regresó. Los primeros días los pasó en el calabozo del pueblo, convertido en improvisada checa. Su esposa le pasaba leche por las rendijas de la ventana. Pero un día no volvieron a verle. «De noche le montaron en un coche y se lo llevaron a la mina, junto a otros de los presos –relata su hijo–. A mi padre le fusilaron, y con él al curapárroco. Pero otro que iba con ellos, Siméon, se salvó. Consiguió desatarse de las cuerdas y en un momento en el que el coche se paró consiguió escapar. Fue huyendo, de olivo en olivo, y no lograron prenderle». Miguel tenía entonces 11 años. Y como Jesús, «el cangrena», llora cuando lo recuerda.

El alcalde de Herencia

También llora Amador Rodríguez de Tembleque, vecino de Herencia. Su tío Victoriano, dueño de la finca donde se encuentra el pozo, es otro a los que arrojaron. Además, otros tres tíos suyos murieron. Pero su padre, Amador como él, se salvó. Era el alcalde de Herencia, y desde el principio supo que estaba en las listas. «Intentó pasarse al frente nacional para combatir –relata su hijo junto a la lápida que cubre la mina–. Debía pasar a buscarle una camioneta con otros compañeros, pero no llegó nunca. Un chivatazo los había delatado. Todos menos él fueron asesinados». Pronto comprendió que su única escapatoria era huir con toda la familia a Madrid y esperar, agazapados, a que nadie les delatara.

Pasa a la página siguiente

Mientras los hombres le indicaban el camino me engarabité a la rueda del camión. Alcé la lona y vi a mucha gente “matá”. Lleno, lleno. Habría 40 o 50 cadáveres, qué se yo. Bajé al suelo y en cuanto se fue el camión me puse a llorar». Lo vuelve a hacer ahora, como un niño. 72 años después. «¿“Usted” cree que hay derecho a que un chico de 11 años vea eso? –pregunta al periodista–. Y así no lo hubiera visto. No “me se” olvida. Lo tengo metido aquí». El dedo índice apunta su sien.

Arrojados al pozo

Por desgracia, es muy probable que el miliciano que conducía la camioneta y sus dos acompañantes encontraran la vereda. Y el camino a Madrid. Y llegaron poco después a su destino, la mina romana de Las Cabezuelas, en el pueblo toledano de Camuñas. Lo que allí ocurrió lo saben todos en la comarca. Uno a uno, los cuerpos que llevaba la camioneta fueron arrojados al pozo. Después de veinte metros de caída libre, clack, el ruido de los huesos al chocar. Y vuelta a empezar.

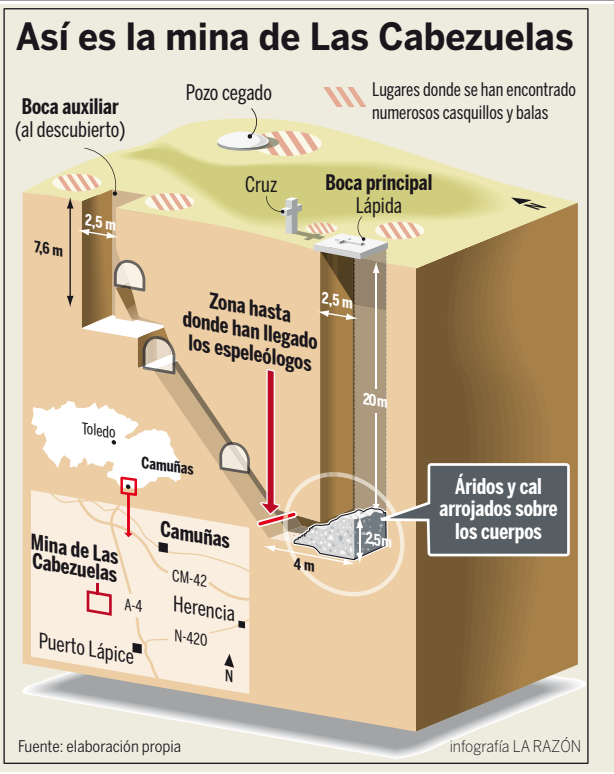
La historia que cuenta Jesús es



Uno de los espeleólogos, cuando bajó a la mina de Camuñas

EN BUSCA DE LOS HUESOS

Aunque aún no hay una fecha concreta, los espeleólogos de Aranzadi volverán en apenas unos días a la mina de Camuñas, una explotación de plata de la época de los romanos. Esta vez, en lugar de entrar por la abertura auxiliar (hay otras tres que se cerraron de forma natural) lo harán por el pozo principal, de 20 metros de altura y entre 3,5 y 2,5 de diámetro. Una vez retirada la lápida que lo cubre, colocada tras la Guerra en memoria de los caídos, se introducirá un georadar, el más potente de estas características, para que determine a qué altura están los huesos. A partir de ahí habrá que retirar la arena y la cal arrojada, primero a paladas y luego a mano, para no dañar los restos óseos. Y entonces se desvelará el misterio.



Viene de la página anterior

¿Por qué desenterrar ahora los muertos? Y, sobre todo, ¿qué hacer después con los huesos? Tanto Amador Rodríguez de Tembleque como su hijo Amós, uno de los principales impulsores de la iniciativa, insisten en que no hay ánimo de revancha: «Lo hacemos sin resentimiento, simplemente porque queremos que esta historia se conozca». «Si se sacan los de un bando, que se saquen los que faltan del otro», apostilla Miguel Martín-Benito. La cuestión será qué hacer después con los restos encontrados.

Jorge López Teulón, postulador de la causa de los mártires de Castilla-La Mancha, afirma que no hay intención de extraer los esqueletos. «No los necesitamos para el proceso de beatificación, porque ya hay suficientes testimonios de testigos. Y hacer la prueba del ADN sería complicadísimo y muy caro. Algunos de los familiares se encuentran en los pueblos de la zona, pero, a los que trajeron en camiones de fuera, ¿dónde los encuentras? Sus descendientes no saben si murieron ahí, en una checa o en otro lugar». El responsable de Cóndor Georradar, sin embargo, no lo tiene tan claro. «Ya me ha pasado en otros casos –afirma Luis Avial–. Cuando comiencen a aparecer los cuerpos y la gente de la comarca se entere, habrá quien reclame enterrar a sus abuelos en el cementerio».

Avial, que ya ha aplicado su radar en 13 de las 19 fosas que ordenó abrir el juez Baltasar Garzón, admite que ésta será una «operación única». «En una fosa normal los cuerpos están uno junto a otro. Aquí todos estarán agolpados. Además, la cal arrojada no sólo disuelve cualquier resto de carne, sino que compacta los huesos, con lo que reduce el espacio que ocupan». Por eso es posible encontrarse de todo. De hecho, los espeleólogos de Aranzadi hallaron recientemente en Centroamérica centenares de cuerpos apelmazados en una abertura de apenas cuarenta centímetros de diámetro.

Gritos pidiendo auxilio

Uno de los episodios mejor documentados de la represión republicana en la comarca es el de «los 71 de Herencia», gracias a la completa relación, con fotografía, nombre y apellidos, que elaboró el primer párroco de la localidad nombrado tras el fin de la Guerra. 38 de estas víctimas fueron arrojadas a la mina. La mayoría de ellas habían sido recluidas antes en la checa habilitada en el convento de los Padres Mercedarios. Por aquel entonces, la iglesia parroquial se había convertido en plaza de abastos y la sacristía, en granero y, de vez en cuando, en salón de baile.

«Cuando iban a tirotear a al-

guien en la checa, ponían los motores en marcha en el patio para que no escucharan los disparos», relata Amador Rodríguez de Tembleque. Después, el «paseo» en plena noche en coches o en camiones. Según los testigos, cada semana llegaban de toda la comarca y de Madrid camionetas Fiat, Ford o las soviéticas Studebaker y 3HC. A los que no estaban ya muertos les fusilaban a boca de mina o los empujaban vivos. Hay quien dice que algunas noches se escuchaban los gritos pidiendo auxilio...

De lo ocurrido aquellos años apenas hay cuatro referencias en toda la bibliografía de la época. Una de ellas lleva la firma del presidente de la República Manuel Azaña. En «Causas de la Guerra en España», reconoce que «algunas de estas fosas se convertirán en depósito permanente de cadáveres durante toda la guerra, como el pozo de la mina de Camuñas, donde los milicianos irán arrojando a lo largo de tres años a sus víctimas de Ciudad Real y Toledo». El único historiador que lo ha estudiado a fondo, Ángel

«NO QUEREMOS sacar huesos ni hacerles el ADN. Sólo demostrar que están ahí», dicen los impulsores del proyecto

◆◆◆

AZAÑA RECONOCIÓ que la mina de Camuñas «se convirtió en depósito permanente de cadáveres»

◆◆◆

David Martín Rubio, ha elaborado una relación bastante aproximada, pueblo por pueblo, de las víctimas de esta represión. ¿Cuántas? «Es muy difícil saberlo –admite–. Pero sólo en un día, el 17 de septiembre, se sacó de sus casas y de la cárcel a centenares de personas y se las arrojó a la mina con el pretexto de que un bombardeo nacional había incendiado los depósitos de Campsa». Después vendrían muchas. Dentro de unos días se sabrá qué esconde realmente la mina de Camuñas.



Fotos: Cristina Bejarano



Sobre estas líneas, Miguel Martín-Esteban, en su casa en Camuñas. Arriba, Jesús García Morato, de Herencia.

EL MILAGRO DE ESCAPAR DE LA LISTA NEGRA

Escapar de la lista negra era cuestión de suerte. No la tuvo el padre de Miguel Martín-Esteban, arrojado a la mina de Camuñas. Pero sí el de Jesús García Morato, «el cangrena», agricultor también, que logró escabullirse hasta que llegó a Herencia un dirigente republicano que paró las matanzas. «Igual que ha llamado usted ahora –explica Jesús al periodista– tocaban a la puerta los milicianos y te decían:

“Andando, p’al comité”. Y no eran más que cuatro “chalecos” que ni escribir sabían». Los motivos para ser ejecutado eran variados. A 20 vecinos de Consuegra los mataron en venganza por la muerte de un miliciano en la fallida toma del Alcázar de Toledo. Pero la mayoría morían por ser creyentes. Para nueve de ellos hay ya un proceso de beatificación en marcha, como los párrocos Sebastián

Tapia (arrojado a la mina el 4 de agosto del 36 tras negarse a desprenderse de su sotana), o Faustino Santos (delatado por un alumno suyo y asesinado el 30 de agosto), o la seglar Inocenta Millán, a la que los milicianos afeitaron la cabeza y tuvieron unos días de criada. El 4 de septiembre fue empujada al pozo al grito de «¡Ahí os mandamos una cocinera!».